



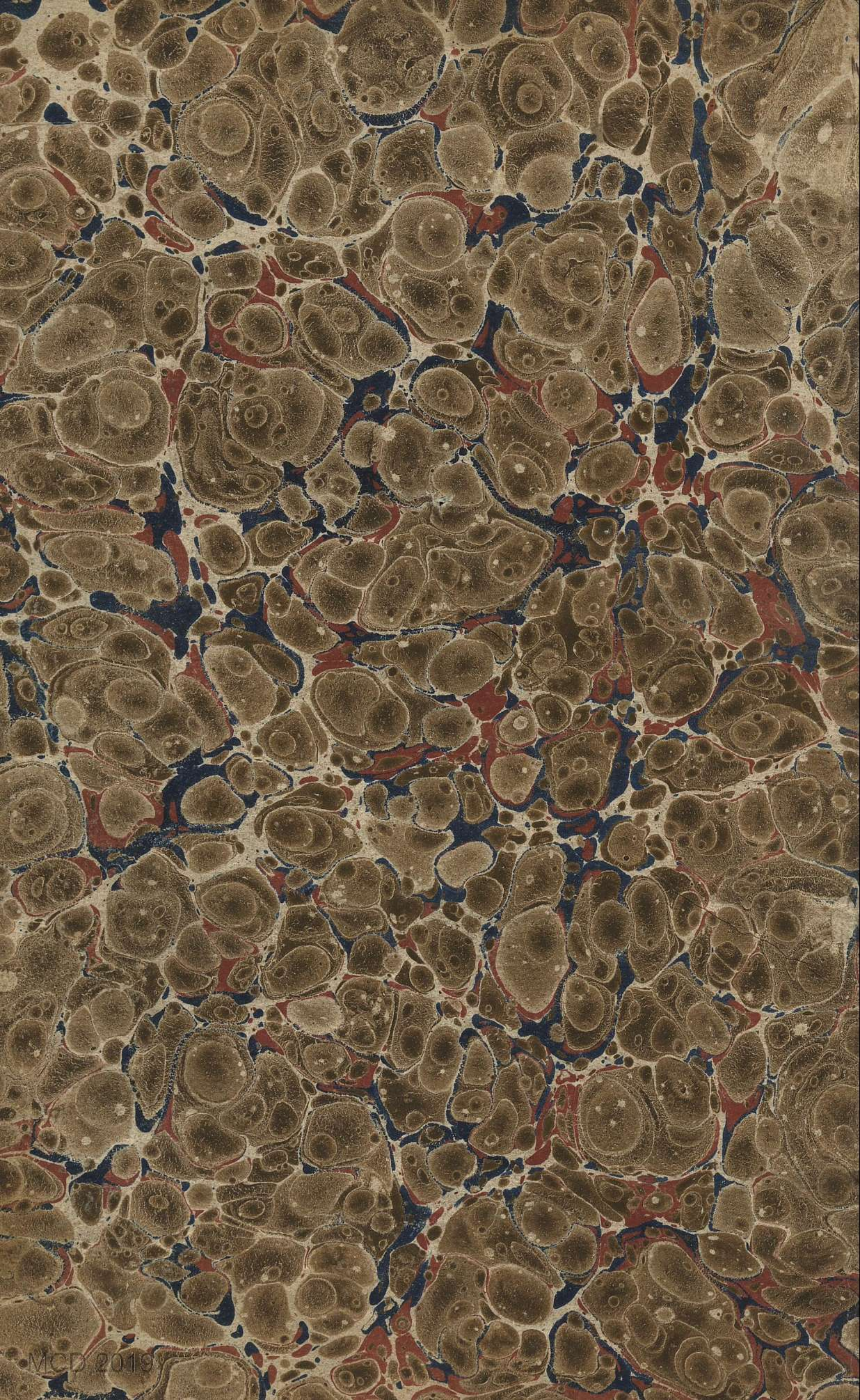
CHATEAUBRI

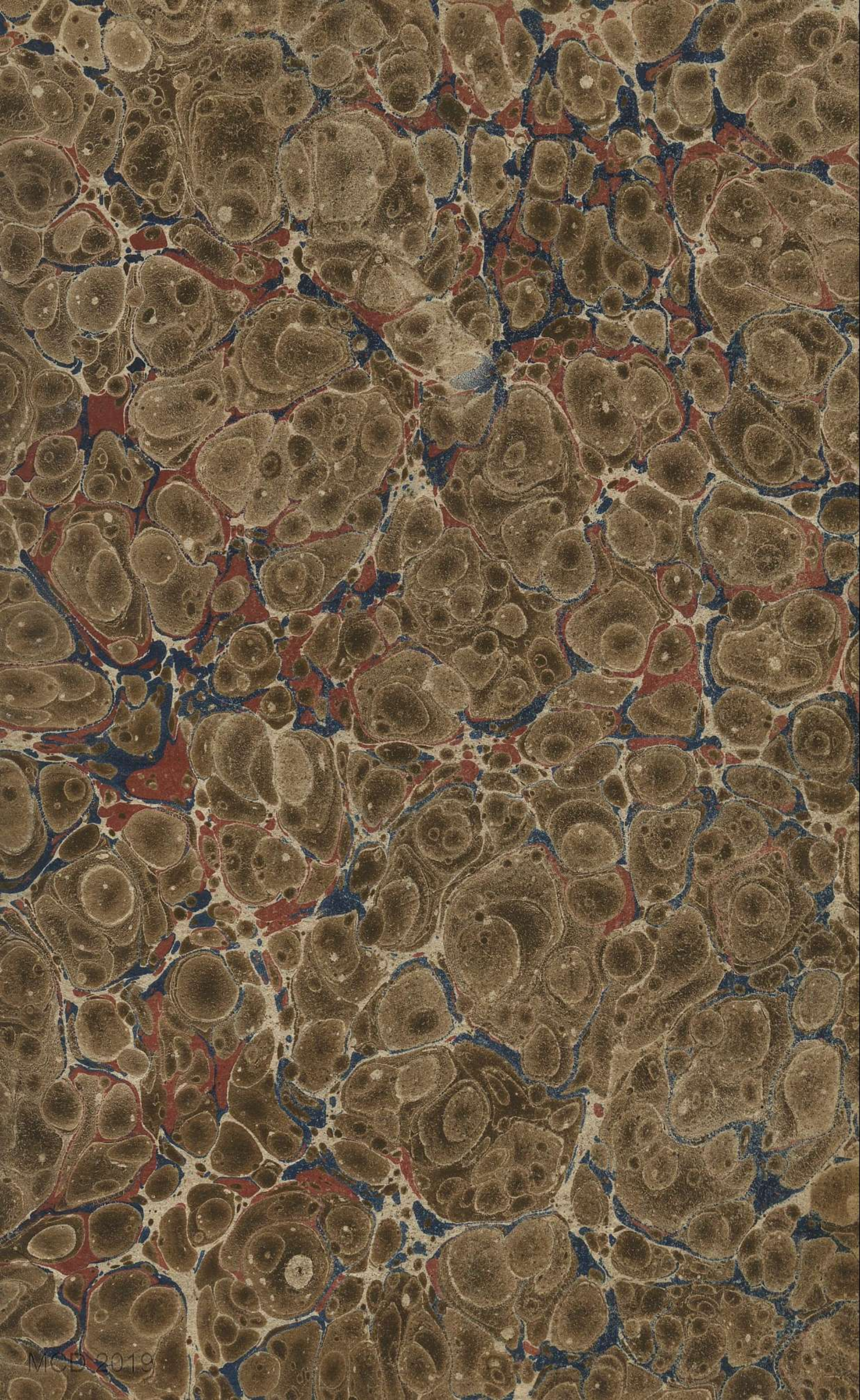


1857



1857





Los 4 estuardos

Do Mattheo

Viajes de a Merica

La Florida

El Ultimo Abencerrage

St. Pierre

FA-473 (7)

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG.

EL RENE,

POR EL VIZCONDE DE CHATEAUBRIAND.

TRADUCIDO

POR DON MANUEL M. FLAMANT.



CHATEAUBRIAND.

MADRID.

IMPRESA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES,

calle del Principe núm. 4.

1854.

BIBLIOTECA CLASADA DE CASAR Y ROIG

EL REINE

POR EL VIUONDE DE CHATEAUBRIAND

1822

PARIS: EN LA BIBLIOTECA DE CASAR Y ROIG



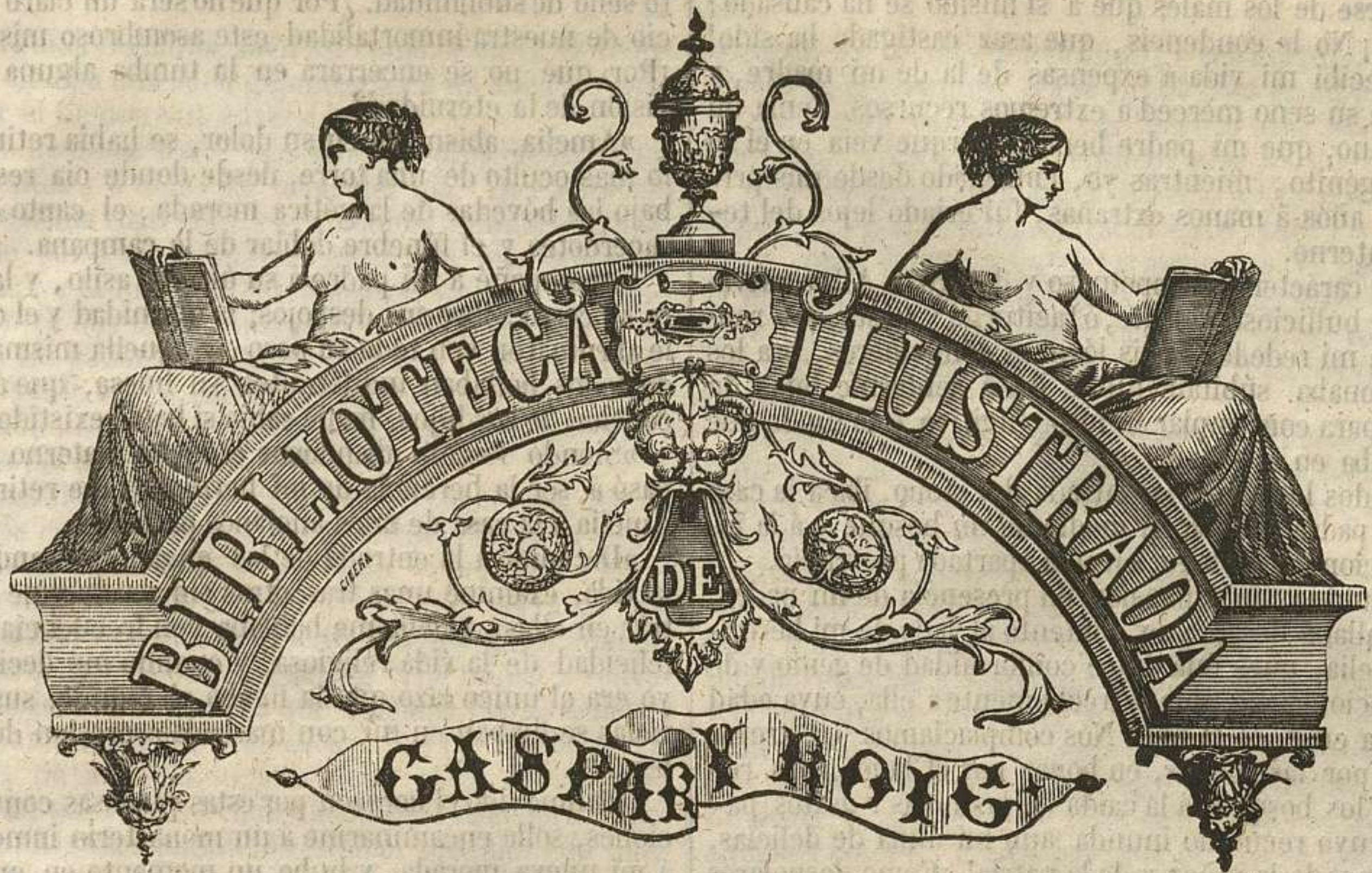
CHATEAUBRIAND

MADRID

LIBRERIA DE CASAR Y ROIG, EDITORES

Calle del Principe real, 4

1822



EL RENÉ.

AL llegar al país de los Natchez, René se había visto precisado á elegir esposa, para conformarse con las costumbres indias; pero no vivia á su lado, pues una oculta propension á la melancolía le arrastraba á lo mas intrincado de los bosques, donde pasaba solo dias enteros, pareciendo salvaje á los salvajes mismos. A excepcion de Chactas y del padre Souël, misionero en el fuerte de Rosalia, habia renunciado al trato de los hombres. Estos dos ancianos ejercian mucho ascendiente sobre su corazon: el primero por su amable indulgencia, y el segundo por su extremada severidad. Desde la caza del castor, en la que el ciego saquem habia contado sus aventuras á René, este se negara constantemente á referir las suyas. No obstante, Chactas y el misionero deseaban con vehemencia conocer el infortunio que habia obligado á un europeo jóven y bien nacido, á adoptar la extraña resolucion de sepultarse en los desiertos de la Luisiana. René habia atribuido siempre su obstinacion en no hablar de sí mismo, al escaso interés de su historia, limitada, segun decia, á sus ideas y sentimientos. «Respecto del acontecimiento que me ha determinado á trasladarme á América, dijo un dia, debo condenarlo á un eterno olvido.»

Algunos años trascurrieron sin que los dos ancianos consiguiesen arrancarle su secreto; pero una carta recibida de Europa, por el correo de las misiones extranjeras, exasperó de tal modo su habitual tristeza, que huia de sus viejos amigos, quienes le instaron con gran ahinco que les abriese su corazon; y al efecto emplearon tanta discrecion, dulzura y autoridad, que al fin se creyó obligado á complacerlos. Señalóse, pues, el dia en que debia referirles, no las aventuras de su vida, puesto que no las tenia, sino los recónditos secretos de su alma.

El 21 del mes que los salvajes denominan la *luna de las flores*, René se trasladó á la cabaña de Chactas,

y dándole el brazo, le condujo á la sombra de un sa-safrás, á orillas del Meschacebé; el padre Souël no tardó en acudir á la cita. Despuntaba la aurora, y á escasa distancia se dejaban ver en la llanura la ciudad de los Natchez, con su bosquecillo de moreras y sus cabañas que se asemejaban á unas colmenas. La colonia francesa y el fuerte de Rosalia se mostraban á la derecha, sobre la márgen del rio. Las tiendas de campaña, las casas á medio construir, las fortalezas empezadas, los désmontes cubiertos de negros, y los grupos de blancos é indios, presentaban en aquel reducido cuadro el contraste de las costumbres sociales y salvajes. A Oriente, y en el fondo de la perspectiva, el sol empezaba á levantarse sobre las desiguales cimas de los Apalaches, que se destacaban á manera de inmensos caracteres azules en las doradas alturas del cielo; al Occidente, el Meschacebé deslizaba sus ondas en medio de un magnífico silencio, formando con una grandeza superior á toda descripcion, el marco de tan sorprendente cuadro.

El jóven y el misionero admiraron durante algun tiempo aquella hermosa escena, no sin deplorar que el saquem no pudiese ya gozar de ella. Luego, el padre Souël y Chactas se sentaron sobre el césped al pié del sa-safrás; René se colocó en medio de ellos, y despues de un momento de silencio habló en estos términos:

»No puedo reprimir un movimiento de vergüenza, al empezar mi relato. La paz de vuestros corazones, respetables ancianos, y la calma solemne de que nos rodea la naturaleza, hacen que la vana agitacion de mi alma me cause un vivo rubor.

»¡Cuánto habreis de compadecerme! ¡Cuán mezquinas os parecerán mis eternas inquietudes! Vosotros, que habeis agotado todas las amarguras de la vida, ¿qué pensareis de un jóven sin fuerza y sin virtud, que encuentra en sí mismo su tormento, y que solo puede

quejarse de los males que á sí mismo se ha causado? ¡Ah! ¡No le condeneis, que asaz castigado ha sido!

»Recibí mi vida á expensas de la de mi madre, y salí de su seno merced á extremos recursos. Tenia un hermano, que mi padre bendijo porque veía en él su primogénito, mientras yo, entregado desde mis primeros años á manos extrañas, fui criado lejos del techo paterno.

»Mi carácter era impetuoso y desigual. Alternativamente bullicioso y alegre, ó taciturno y triste, ora reunía en mi rededor á mis jóvenes compañeros, ora los abandonaba súbitamente é iba á sentarme lejos de ellos, para contemplar la nube fugitiva, ó la lluvia que resonaba en el follaje.

»Todos los años á la entrada del otoño, iba á la casa de mi padre situada en medio de un bosque y á la inmediación de un lago, en una apartada provincia.

»Tímido y sin espansion en presencia de mi padre, solo hallaba desahogo y contento al lado de mi hermana Amelia, pues una dulce conformidad de genio y de inclinaciones me unía estrechamente á ella, cuya edad excedía en poco la mia. Nos complacíamos en trepar juntos por las colinas, en bogar por el lago, y en recorrer los bosques á la caída de las hojas: gratos paseos cuyo recuerdo inunda aun mi alma de delicias. ¡Ilusiones de la niñez y de la patria! ¿Cómo despojaros de vuestra dulzura?

»Ora marchábamos en silencio prestando oído al sordo murmullo del otoño, ó al rumor de las hojas secas que arrastrábamos tristemente á nuestro paso; ora seguíamos en nuestros inocentes juegos, la golondrina en la pradera, ó el arco iris en las colinas humedecidas por la lluvia; y algunas veces recitábamos versos, porque nada hay mas poético que un corazón de diez y seis años, en toda la lozanía de sus pasiones. La mañana de la vida, á semejanza de la del día, se ostenta llena de pureza, de imágenes y armonías.

»Los domingos y los días festivos oía en los bosques, á través de los árboles, el sonido de la campana distante, que llamaba al templo al hombre de los campos, y apoyado en el tronco de un añoso olmo, escuchaba en silencio aquel piadoso tañido. Cada vibración del bronce reproducía en mi alma sencilla la inocencia de las costumbres campestres, la calma de la soledad, los encantos de la Religión y la deleitosa melancolía de los recuerdos de mi primera infancia. ¡Oh! ¿Qué corazón, por duro que sea, no ha latido alguna vez al oír las campanas de su lugar natal, de esas campanas que sonaron jubilosas sobre su cuna, que anunciaron su entrada en la vida, que señalaron el primer latido de su corazón, que publicaron en todos los vecinos lugares la santa alegría de su padre, y los dolores y las alegrías, aun mas inefables, de su madre? Todo se encuentra reunido en las encantadas abstracciones en que nos sumerge el eco de esa campana: la Religión, la familia, la patria, la cuna y el sepulcro, el pasado y el porvenir.

»Es verdad que Amelia y yo gozábamos mas que otro alguno de esas ideas graves y tiernas, porque ambos sentíamos en el corazón cierto fondo de tristeza, debido á Dios ó á nuestra madre.

»Así transcurrían los días, cuando mi padre se vió acometido de una enfermedad que le condujo en pocos á la tumba. Espiró en mis brazos, y esto me enseñó á conocer la muerte en los labios del que me habia dado la vida. Aquella impresión fue tan vehemente que aun no se ha borrado en mí; entonces se presentó á mi vista por vez primera la inmortalidad del alma, pues no pude creer que este cuerpo inanimado fuese en mí el autor del pensamiento, y advertí que debia proceder de mas alto origen; sumido, pues, en un santo dolor, no exento de alegría, esperé reunirme un día al espíritu de mi padre.

»Otro fenómeno me confirmó en tan elevada idea. Las facciones de aquel adquirieron en el féretro cier-

to sello de sublimidad. ¿Por qué no será un claro indicio de nuestra inmortalidad este asombroso misterio? ¿Por qué no se encerrará en la tumba alguna gran visión de la eternidad?

»Amelia, abismada en su dolor, se habia retirado á lo mas oculto de una torre, desde donde oía resonar, bajo las bóvedas de la gótica morada, el canto de los sacerdotes y el fúnebre doblar de la campana.

»Acompañé á mi padre á su último asilo, y la tierra se cerró sobre sus despojos; la eternidad y el olvido le abrumaron con todo su peso, y aquella misma tarde todos hollaban indiferentes su huesa, que á excepción de sus hijos, nadie sabia si habia existido.

»Siendo forzoso abandonar el techo paterno, que pasó á ser la herencia de mi hermano, me retiré con Amelia á la casa de unos ancianos parientes.

»Detenido á la entrada de las engañosas sendas de la vida, examiné unas tras otras sin resolverme á entrar en ellas. Amelia me hablaba con frecuencia de la felicidad de la vida religiosa, y cuando me decia que yo era el único lazo que la ligaba al mundo, sus miradas se fijaban en mí con marcada espresion de tristeza.

»Conmovido el corazón por estas piadosas conversaciones, solia encaminarme á un monasterio inmediato á mi nueva morada, y hubo un momento en que me sentí inclinado á ocultar en él mi anómala existencia. ¡Felices aquellos que han terminado su travesía sin haber abandonado el puerto, ni haber arrastrado como yo, inútiles días sobre la tierra!

»Los europeos, agitados sin cesar, sienten la necesidad de construirse soledades, porque cuanto mas tumultuoso y ardiente es nuestro corazón, tanto mas nos atraen la calma y el silencio. Los asilos abiertos en mi patria á los desgraciados y á los débiles, suelen estar ocultos en esos valles que insinúan en el corazón el vago sentimiento del infortunio y la esperanza de un abrigo; algunas veces se les descubre tambien en parajes elevados, donde el alma religiosa, á semejanza de una flor de montaña, parece elevarse al cielo para ofrecerle sus perfumes.

»Páreceme ver aun la magestuosa mezcla de las aguas y los bosques de aquella antigua abadía, donde me proponía sustraer mi vida á los caprichos de la suerte; creo vagar aun al declinar el día, por aquellos solitarios claustros que resonaban bajo mis pasos. Cuando la luna alumbraba escasamente las columnas que sostenian los arcos, y proyectaba su sombra en la opuesta pared, me detenía á contemplar la cruz que sellaba el campo de la muerte, y las altas yerbas que crecían entre las losas sepulcrales. Hombres que habiendo vivido lejos del mundo, habeis pasado del silencio de la vida al silencio de la muerte, ¡cuán profundo hastío á las cosas de la tierra inspiran á mi corazón vuestros sepulcros!

»Bien fuese natural inconstancia, bien cierta aversión á la vida monástica, es lo cierto que mudando de propósito, me resolví á viajar. Despedíme de mi hermana, que me estrechó en sus brazos con un movimiento parecido á la alegría, como si se juzgase feliz al separarse de mí: al ver esto, no pude menos de entregarme á una amarga reflexión acerca de la inconsecuencia de los afectos humanos.

»No obstante, me lancé solo y lleno de ardor al proceloso océano del mundo; océano cuyos puertos y escollos me eran igualmente desconocidos. Primero visité los pueblos que ya no existen: sentéme en las ruinas de Roma y Grecia, países de colosal é ingeniosa memoria, donde los palacios yacen sepultados en el polvo, donde los mausoléos de los reyes se ocultan debajo de las malezas. ¡Oh poder de la naturaleza, y debilidad del hombre! la desdeñada yerba taladra los mármoles de esos sepulcros, que sus muertos, tan poderosos un día, no levantarán jamás.

»Algunas veces veía alzarse solitaria en un desierto

una erguida columna, bien así como se eleva de tiempo en tiempo una idea gigantesca en un alma devorada por el tiempo y la adversidad.

»He meditado sobre esos monumentos en todos los accidentes y á todas las horas del día. Ya ese mismo sol que habia visto abrir los cimientos de aquellas ciudades, se ponía magestuosamente á mis ojos sobre las ruinas; ya la luna, levantándose en un cielo sin nubes, entre dos urnas cinerarias medio rotas, me descubría los pálidos sepulcros. Muchas veces he creído ver el genio de los recuerdos sentado pensativo á mi lado, á la luz de ese astro que alimenta los dulces ensueños del alma.

»Cansado al fin de escudriñar los sepulcros, donde removía con desconsoladora frecuencia el polvo de los crímenes, quise saber si las razas vivientes me ofrecerían mas virtudes ó menos vicios que las razas exterminadas. Recorriendo cierto día una gran ciudad, al pasar á espaldas de un palacio, ví en un patio retirado y desierto una estatua que señalaba con el dedo un lugar famoso por un gran sacrificio (1). El hondo silencio, de aquellos lugares despertó en mí una viva sorpresa, pues solo el viento gemía en torno del mármol trágico. Algunos jornaleros estaban tendidos con indiferencia al pié de la estatua, ó silbaban allabrar las piedras. Preguntéles qué significaba aquel extraño monumento: unos empero apenas pudieron decírmelo, al paso que otros ignoraban la catástrofe que representaba. Nada me ha dado una medida mas exacta de la vanidad de los acontecimientos humanos, y de lo poco que valemos. ¿Qué es hoy de esos personajes que de tanto estrépito se rodearon? Inexorable el tiempo ha dado un paso, y la faz de la tierra ha sido renovada.

»En mis viajes busqué especialmente los artistas y esos hombres superiores que cantan los dioses en su lira; y la felicidad de los pueblos que honran las leyes, la Religión y las tumbas.

»Esos cantores pertenecen á una raza divina, pues poseen el único talento incontestable con que el cielo ha embellecido la tierra. Su vida es á la vez sencilla y sublime; celebran los dioses con labios de oro, y son los mas candorosos de los hombres; hablan como los inmortales ó como niños sin doblez; explican las leyes que rigen el universo, y no aciertan á comprender los negocios mas triviales de la vida; tienen maravillosas ideas acerca de la muerte, y mueren sin apercibirse de ella, cual los recién-nacidos.

»En los montes de la Caledonia, el último bardo que se ha hecho oír en sus bosques, me cantó los poemas con que un héroe consolaba en otro tiempo su vejez. Estábamos sentados sobre cuatro piedras carcomidas por el musgo; á nuestros piés se deslizaba un torrente; el cabritillo triscaba á alguna distancia entre las ruinas de una torre, y el viento de los mares silbaba ronco en los matorrales de Cona. Ahora, la religión cristiana, hija también de las altas montañas, ha colocado cruces sobre los monumentos de los héroes de Morven, y ha pulsado el arpa de David á orillas del mismo torrente donde Osian hacia suspirar la suya. Tan pacífica cuánto eran guerreras las divinidades de Selma, apacenta rebaños donde Fingal empeñaba combates, y puebla de ángeles de paz las nubes que un día habitaban fantasmas homicidas.

»La antigua y risueña Italia me presentó la multitud de sus obras maestras. ¡Con cuán santo y poético respeto vagaba por aquellos espaciosos edificios consagrados á las artes por la Religión! ¡Qué laberinto de columnas! ¡qué dilatada serie de arcos y bóvedas!... ¡Cuán solemnes y propicios á la inspiración son esos rumores que se escuchan en derredor en las grandiosas basílicas, rumores parecidos al sordo es-

truendo de las olas del Océano, á los murmullos del viento en los bosques, ó á la voz de Dios en su templo! El arquitecto construye, por decirlo así, las ideas del poeta, y las hace perceptibles á los sentidos.

»No obstante, ¿qué habia hallado hasta entonces, á pesar de tantas fatigas? Nada cierto entre los antiguos, nada hermoso entre los modernos. El pasado y el presente son dos estatuas incompletas: háse estraido mutilada la una de entre las ruinas de las edades, y la otra no ha recibido aun del porvenir su perfección.

»Acaso, ancianos amigos míos, virtuosos habitantes del desierto, extrañareis que en la narración de mis viajes no os haya hablado una sola vez de los soberbios monumentos de la naturaleza.

»Habiendo subido un día á la cumbre del Etna, volcán que rompe en medio de una isla, vi al sol levantarse á mis piés en la inmensidad del horizonte, la Sicilia reducida á la aparente dimensión de un punto, y el mar que se dilataba á lo lejos en los espacios sin límites. En aquella vista perpendicular del cuadro, los rios me parecían las líneas geográficas trazadas sobre un mapa; y mientras mi vista descubría por un lado aquellos objetos, abismábase por otro en el cráter del Etna, cuyas ardientes entrañas descubría entre las impetuosas bocanadas de un negro vapor.

»Un jóven lleno de pasiones, sentado á la boca de un volcán, y llorando sobre los mortales, cuyas frágiles moradas veía á sus piés, es ciertamente, ¡oh ancianos! un objeto digno de vuestra compasión; pero sea lo que fuere lo que penseis de René, este cuadro os presenta la imágen de su carácter y existencia; así pues, he tenido constantemente á mis ojos una creación, á la vez inmensa é imperceptible, y un abismo abierto á mi lado.»

Habiendo pronunciado estas palabras, René calló y cayó súbitamente en su habitual abstracción. El padre Souël le miraba con asombro, mientras el anciano y ciego saquem, que no le oía hablar, no sabia á qué atribuir su inesperado silencio.

René tenia fija la vista en un grupo de indios que atravesaban alegremente la llanura. Enternecióse de improviso, las lágrimas anegaron su semblante, y exclamó:

«¡Bienhadados salvajes! ¡ah! ¿porqué no me es dado gozar de la paz que siempre os acompaña? Mientras yo recorría con tan escaso fruto tantas regiones, vosotros, sentados tranquilamente en vuestras encinas, veiais deslizarse vuestros días, sin contarlos. Vuestra razón se ajustaba á vuestras necesidades, y llegabais con mas seguridad que yo al resultado de la sabiduría, bien así como el niño entre los juegos y el sueño. Si esa melancolía que nace del exceso de felicidad, se insinuaba alguna vez en vuestra alma, desechabais en breve esa pasajera tristeza, y levantando al cielo la vista, buscabais con ternura al Ser desconocido que se apiada del pobre salvaje.»

La voz de René espiró de nuevo, y su cabeza se inclinó sobre el pecho. Chactas, alargando su mano en la sombra, y tomando el brazo de su hijo, le dijo con voz conmovida: «¡Hijo mio! ¡querido hijo mio!» A estos acentos, el hermano de Amelia volvió en sí, y avergonzado de su turbación pidió á su padre le perdonase.

El anciano salvaje le respondió: «Jóven amigo mio! los movimientos de un corazón como el tuyo no pueden ser iguales; modera, sin embargo, ese carácter que tanto te ha perjudicado ya. Si las cosas de la vida te causan mas impresión que á otros, no debes asombrarte, porque un alma grande debe contener mas dolores que una pequeña. Continua tu narración. Puesto que nos has hecho recorrer una parte de Europa, danos á conocer tu patria. Sabes que conozco la Francia, y que me unen á ella lazos indisolubles; grato, pues, me será oír hablar de

(1) En Londres, detrás de White-Hall, la estatua de Carlos II.

aquel gran gefe (1) que ya no existe, y cuya soberbia cabaña he visitado. Yo, hijo mio, solo vivo ya por la memoria; un viejo con sus recuerdos se asemeja á la encina decrépita de nuestros bosques, que ya no se adorna con su propio follaje, sino que encubre algunas veces su desnudez con las plantas extrañas que han vejetado sobre sus antiguas ramas.»

Calmado por estas dulces palabras, el hermano de Amelia reanudó en estos términos el hilo de la historia de su corazon.

«¡Ah, padre mio! No puedo hablarte de ese gran siglo, cuyo fin he visto en mi niñez, y de que ningun recuerdo se conservaba ya cuando regresé á mi patria. Nunca se ha verificado en pueblo alguno un cambio mas sorprendente y repentino. De la elevacion del genio, del respeto á la Religion y de la gravedad de las costumbres, habíase descendido súbitamente á la frivolidad, la impiedad y la corrupcion.

«En vano, pues, habíame prometido encontrar en mi país algo que calmase esta inquietud, este ardor de deseos que por donde quiera me persiguia. El estudio del mundo nada me habia enseñado, y no obstante, no abrigaba la tranquilidad de la ignorancia.

«Mi hermana, por su parte, merced á una conducta inexplicable, parecia complacerse en aumentar mi tedio, pues se habia ausentado de Paris algunos dias antes de mi llegada. Escríble anunciándole que me proponia ir á reunirme á ella, pero se apresuró á contestarme disuadiéndome de mi propósito, so pretesto de que estaba incierta acerca del lugar á donde la llamarían sus negocios. ¡Cuán tristes reflexiones hice entonces acerca de la amistad, que la presencia entibia, que la ausencia borra, que no resiste á la adversidad, y menos aun á la próspera fortuna!

«Así pues, no tardé en hallarme mas aislado en mi patria que en los países extranjeros. Quise arrojarme durante algun tiempo á un mundo que nada me decia y no me comprendia. Mi alma, no gastada por pasion alguna, buscaba un objeto que la atrajese á sí; pero eché de ver que daba mas de lo que recibia. No se me exigia un lenguaje elevado ni un sentimiento profundo; ni yo me ocupaba de otra cosa que de rebajar, por decirlo así, mi vida para ponerla al nivel de la sociedad. Tratado por todos de espíritu novelesco, avergonzado del papel que representaba, y cada vez mas disgustado de los hombres y de las cosas, tomé el partido de retirarme á un arrabal, para vivir enteramente ignorado.

«Al principio hallé bastante placer en aquella existencia oscura é independiente, y como de todos era desconocido, me confundia con la multitud, vasto desierto de hombres.

«Muchas veces, sentado en una iglesia poco frecuentada, pasaba en meditacion horas enteras. Allí veia llegar mujeres desvalidas que se arrodillaban en presencia del Altísimo, ó á los pecadores que se postraban en el tribunal de la penitencia. Nadie salia de aquel lugar sin rostro mas tranquilo, y los sordos clamores que en lo exterior se oían, se asemejaban á las olas de la pasiones y de las tempestades del mundo, que iban á estrellarse al pié del templo del Señor. ¡Gran Dios! Tú, que viste correr en secreto mis lágrimas en aquellos sagrados retiros, tú sabes cuantas veces me arrojé á tus piés para suplicarte me descargases del peso de la existencia, ó mudases en mí el hombre antiguo! ¿Quién no ha sentido alguna vez la necesidad de rejuvenecerse en las aguas del torrente, de regenerar su alma en la fuente de vida? ¿Quién no se siente alguna vez abrumado bajo el peso de su propia corrupcion, é incapaz de dar cima á nada grande, noble y justo?

Al acercarse la noche, tomaba el camino de mi albergue y me detenía en los puentes para ver poner-

se el sol, que inflamando los vapores de la ciudad, parecia oscilar lentamente en medio de un fluido de oro, como la péndola del reloj de los siglos. Retirábame luego al cerrar la noche, al través de un laberinto de calles solitarias, y al mirar las luces que brillaban en las moradas de los hombres, me trasladaba con la fantasia á las escenas de dolor y de alegría que alumbraban, y me asaltaba la idea de que debajo de tantos techos habitados no tenia un solo amigo. En medio de mis reflexiones sonaban la horas con acompasados golpes en la torre de la catedral gótica, y se repetían en todos los tonos y á todas las distancias, de iglesia en iglesia. ¡Ah! Cada hora en la sociedad abre un sepulcro y hace derramar lágrimas.

«Este género de vida, que al principio me habia embelesado, no tardó en hacérseme insoportable, pues me hastié de la repeticion de unas mismas escenas y de unas mismas ideas. Dedicuéme, pues, á sondear mi corazon, y á preguntarme qué deseaba. Yo no lo sabia, pero cediendo á un súbito impulso, me di á creer que los bosques me serian deliciosos; y héme aquí resuelto á terminar en un destierro campestre una carrera apenas empezada, y en la cual, no obstante, habia devorado siglos enteros.

«Abracé este proyecto con la vehemencia que caracteriza todos mis proyectos; y partí presuroso para sepultarme en una cabaña, como habia partido en otro tiempo para dar la vuelta al mundo.

«Acúsanme de que abrigo inclinaciones inconstantes, de que no puedo disfrutar mucho tiempo de la misma quimera, de ser juguete de una imaginacion que se apresura á llegar al fondo de mis placeres, como si temiese su duracion; censúraseme de que estralimito siempre el objeto á que consigo llegar; ¡ah! yo busco únicamente un bien cuyo instinto me persigue tenaz. ¿Es culpa mia el hallar en todas partes estrechos límites, y que todo lo finito sea para mí de ningun valor? No obstante, conozco que amo la monotonía de sentimientos; y si tuviese aun la locura de creer posible la felicidad, la buscaria en la costumbre.

«La soledad absoluta y el espectáculo de la naturaleza me abismaron en breve en un estado indefinible. Sin parientes y sin amigos en la tierra, y no habiendo amado aun, me sentia abrumado de una superabundancia de vida. Algunas veces me ruborizaba súbitamente, y sentia correr por mi corazon arroyos de ardiente lava; otras, prorumpia en gritos involuntarios, y turbaba la noche con mis sueños y mis insomnios. Faltábame un ser que llenase el abismo de mi existencia: bajaba á los valles, subia á las montañas, y llamando con toda la fuerza de mis deseos al objeto ideal de un amor futuro, lo abrazaba en los vientos, creia escucharlo en el murmullo de las aguas; todo era para mí ese imaginario fantasma: los astros en los cielos, y el principio mismo de la vida en el universo.

«Y sin embargo, este estado de calma y agitacion, de indigencia y riqueza, no carecia de encantos: entreteníame un dia en deshojar una rama de sauce á la márgen de un arroyo, y procuraba aplicar una idea á cada hoja que la corriente arrastraba. Un monarca que teme perder su corona en una súbita revolucion, no experimenta ansias mas vivas que las mias, á cada accidente que amenazaba los frágiles despojos de mi rama. ¡Oh debilidad de los mortales! ¡Oh niñez del corazon humano, que nunca envejece! A tal grado de puerilidad puede descender nuestra soberbia razon, que muchos hombres cifran sus destinos en cosas de tan escasa valía como mis hojas de sauce.

«¿Cómo, empero, expresar esa multitud de sensaciones fugitivas que experimentaba en mis paseos? El rumor de las pasiones en el vacío de un corazon solitario, aseméjase al murmullo de los vientos y las aguas en el silencio de un desierto: gózase de él, mas no es posible pintarlo.

«El otoño me sorprendió en medio de estas incer-

(1) Luis XIV.

tidumbres, y entré con íntimo regocijo en el mes de las tempestades. Ya hubiera querido ser uno de esos guerreros que vagaban en medio de los vientos, las nubes y las fantasmas; ya envidiaba la oscura suerte del pastor, á quien veía calentar sus manos al humilde fuego de las malezas que habia encendido en el bosque, y escuchaba absorto sus cantos melancólicos, que me recordaban que el canto natural del hombre es triste en todos los países, aun cuando exprese la felicidad. Nuestro corazón es un instrumento incompleto, una lira falta de cuerdas, en que nos es forzoso producir los acentos de la alegría con los tonos destinados á los lamentos.

»Durante el día me extraviaba en las espaciosas frondosidades, que terminaban en enmarañados bosques. ¡Cuán livianos motivos necesitaba para delirar! Una hoja seca que el viento arrebatava delante de mí; una cabaña cuyo humo se elevaba sobre las desnudas copas de los árboles; el musgo que se estremecía al soplo del Norte en el tronco de una encina; un peñasco distante; un estanque desierto en cuyas aguas murmuraba el abandonado junco. La campana solitaria que descollaba á lo lejos en el valle, atraía muchas veces mis miradas; muchas, seguía con la idea las aves de paso que volaban sobre mi cabeza, y al representarme las costas ignoradas y los remotos climas á donde se dirigian, hubiera querido volar sobre sus alas. Atormentábame un secreto instinto, pues conocia que yo era tambien un viajero, pero me parecia escuchar una voz del cielo que me decía: «¡Hom-»bre! la época de tu emigracion no ha llegado aun: «espera que se levante el viento de la muerte, y enton-»ces desplegarás tu vuelo hácia esas regiones desco-»nocidas que tu corazón ansía recorrer.»

«¡Levantaos pronto, anheladas tempestades, que debeis lanzar á René á los espacios de otra vida!»

«Y así diciendo, caminaba con acelerado paso y encendido rostro, mientras el viento silbaba en mi cabellera, sin sentir ni la lluvia ni las escarchas, abstraído, atormentado, y como poseído del demonio de mi corazón.

»Y cuando durante la noche el aquilon estremecía mi cabaña, y la lluvia se desgajaba á torrentes sobre mi inseguro techo; cuando á través de mi ventana veía la luna surcar las aglomeradas nubes, á la manera de la nave que hiende las inquietas olas, parecíame que la vida redoblaba en el fondo de mi corazón, y me sentía dotado del poder de crear nuevos mundos. ¡Ah! ¡Si me hubiera sido posible compartir con otro los trasportes que experimentaba! ¡Dios mio! ¡Si me hubieses dado una mujer segun mis deseos; si como á nuestro primer padre, me hubieses traído por la mano á una Eva, sacada de mí mismo.....! ¡Hermosura celestial! ¡yo me hubiera arrodillado á tus plantas; y tomándote luego en mis brazos, hubiera suplicado al Eterno que te concediese el resto de mi existencia!

»¡Ah! ¡Yo me hallaba enteramente aislado en la tierra! Una oculta languidez se apoderaba de mi cuerpo, y el tedio á la vida que me habia perseguido desde mi niñez, se reproducia con nueva fuerza; mi corazón cesó de suministrar pábulo á mi cabeza, y no tenia otra conciencia de mi ser que un profundo sentimiento de hastío.

»Durante algun tiempo luché con mi mal, pero con indiferencia y sin una firme resolucion de vencerlo, hasta que por último, no pudiendo encontrar un remedio á la extraña herida de mi corazón, que se hallaba en todas partes y en ninguna, resolví abandonar la vida.

»Sacerdote del Altísimo, que me escuchas, perdona á un desgraciado á quien el cielo habia casi privado de la razón. Yo estaba lleno de religion, y no obstante razonaba como un impío; mi corazón amaba á Dios, pero mi entendimiento le desconocia; mi conducta,

mis discursos, mis sentimientos é ideas eran tan solo contradicción, tinieblas y mentira. Pero, ¿sabe siempre el hombre con seguridad lo que quiere, y está siempre cierto de lo que piensa?

»Todo me huía á la vez: la amistad, el mundo y el retiro. Habia ensayado todo, y todo me habia sido igualmente fatal. Rechazado por la sociedad y abandonado de Amelia, cuando llegó á faltarme la soledad, ¿qué me quedaba? La soledad era la última tabla en que habia esperado salvarme, y la veía hundirse tambien en el abismo.

»Decidido á descargarme del peso de la vida, resolví emplear todo mi raciocinio en la perpetracion de este crimen. Y como nada me apresuraba, no señalé el momento de la partida, á fin de saborear detenidamente los últimos momentos de mi vida, y á ejemplo de un antiguo, recoger todas mis fuerzas, para sentir como se escapaba mi alma.

»Sin embargo, creí necesario tomar disposiciones relativas á mi fortuna, lo cual me obligó á escribir á Amelia. En la carta me abandoné á algunas quejas acerca de su olvido, y dejé sin duda traslucir la ternura que paulatinamente iba apoderándose de mi corazón. Creí, sin embargo, haber ocultado bien mi secreto; pero mi hermana, acostumbrada á leer en los pliegues de mi alma, lo adivinó fácilmente, pues la habian alarmado el singular lenguaje de mi carta y ciertas preguntas relativas á negocios, porque nunca me habia ocupado de ellos. Así, pues, en lugar de contestarme, vino á sorprenderme.

»Para apreciar debidamente cuál fue en lo sucesivo la amargura de mi dolor, y cuáles fueron mis primeros arrebatos al volver á ver á Amelia, debeis no olvidar que ella era la única persona á quien habia amado, y que todos mis sentimientos se refundian en ella con toda la dulzura de los recuerdos de mi niñez. Recibí, por consiguiente á Amelia con una especie de éxtasis de corazón: ¡hacia tanto tiempo que no habia encontrado un ser que me entendiese, y á quien descubrir mi alma!

»Amelia se arrojó en mis brazos, y me dijo: «¡In-»grato! ¡quieres morir, mientras tu hermana existe!» «¡Desconfias de su corazón! No te expliques, ni te «escuses, pues he adivinado todo, como si hubiese «permanecido á tu lado. ¿Quieres engañarme, siendo «así que he visto nacer tus primeros sentimientos?» «¡Hé aquí tu desgraciado carácter, tus displicencias, «tus injusticias! Jura, mientras te estrecho en mis «brazos, que está es la última vez que te entregarás «á tus locuras; jura que jamás atentarás contra tus «días.»

«Al pronunciar estas afectuosas palabras, Amelia me miraba con compasion y ternura, y cubria de besos mi frente; parecia una madre, ó algo mas tierno aun. ¡Ah! Mi lacerado corazón volvió á abrirse á todas las alegrías, y á semejanza de un niño, solo pedia ser consolado; cedí, pues, al ascendiente de Amelia, que me exigió un juramento solemne; pronuncielo sin titubear, y sin sospechar siquiera que podia tornar á ser desgraciado.

»Mas de un mes tardamos en acostumbrarnos al placer de vernos reunidos. Cuando todas las mañanas, en lugar de hallarme solo, oía la voz de mi hermana, experimentaba un estremecimiento de alegría y felicidad, pues Amelia habia recibido de la naturaleza cierta cosa divina; su alma estaba dotada de las mismas gracias inocentes que su cuerpo; la dulzura de sus sentimientos era infinita; su carácter era bondadoso y un tanto melancólico, pudiendo decirse que su corazón, su pensamiento y su voz suspiraban de concierto: habia recibido del cielo la timidez y el amor de la mujer, y la pureza y la melodía del ángel.

»Habia sonado la hora en que debia expiar todas mis inconsecuencias. En mi delirio habia llegado á desear que me sobreviniese alguna desgracia, para tener á

lo menos un objeto real de sufrimiento: ¡deseo espantoso, que Dios en su cólera ha escuchado sobradamente!

»¿Qué voy á revelaros, amigos míos? ¡Ved las lá-

grimas que brotan de mis ojos! ¡No há muchos dias, nadie hubiera conseguido arrancarme este secreto... Hoy, todo ha terminado!

»Quede, sin embargo, ¡oh ancianos! sepultada esta



RENE REFIERE SUS AVENTURAS AL PADRE SOUEL Y A CHACTAS.

historia en eterno silencio; no olvideis que os ha sido contada á la sombra del árbol del desierto.

»Declinaba el invierno cuando eché de ver que Amelia perdía la tranquilidad y la salud que empezaba

á restituirme. Enflaquecía, sus ojos se hundían, su paso era incierto, y trémula su voz. Un dia la sorprendí anegada en llanto á los piés de un crucifijo. El mundo, la soledad, mi ausencia, mi presencia, la noche, el

dia, todo en fin, la alarmaba igualmente. Espiraban en sus labios involuntarios suspiros; ya resistía sin cansancio una larga escursion, ya apenas acertaba á moverse; tomaba y abandonaba como al azar su labor;

abrir un libro y no podía leer; empezaba una frase y no la concluía; rompía de improviso en llanto, y se retiraba á orar.

»Esforceme en vano por sorprender su secreto,



CANTO DEL ULTIMO BARDO.

pues cuando le dirigia alguna pregunta, estrechándola en mis brazos, me respondia con triste sonrisa que era como yo, y que no sabia lo que la aquejaba.

»Así trascurrieron tres meses, y su estado empeoraba

por momentos. Parecíame que la causa de sus lágrimas era una correspondencia misteriosa, porque se mostraba mas serena ó agitada, segun las cartas que recibia. Finalmente, habiendo transcurrido una mañana

la hora en que nos desayunábamos juntos, subí á su aposento; llamé, pero nadie me respondió; entreabrí la puerta, pero á nadie encontré. Penetré absorto y ví sobre la chimenea un paquete á mi nombre; tomélo con mano trémula, abrílo, y leí esta carta, que conservo para alejar de mí en lo sucesivo todo movimiento de alegría:

A RENE.

«El cielo me es testigo, hermano mio, de que daría mil veces mi vida para evitarte un momento de pesar; pero siendo tan desgraciada como lo soy, nada

»puedo hacer por tu felicidad. Perdóname por haberme ausentado de tu casa, cual una delincuente; sino lo hubiera hecho así, no hubiese podido resistir á tus ruegos, y no obstante, era indispensable partir... »¡Dios mio! ¡compadécete de mí!

»Ya sabes, René, que siempre he sido inclinada á la vida religiosa; tiempo es ya de que ponga en obra las sugerencias del cielo. ¿Por qué he tardado tanto? Dios me ha castigado por mi tibieza. He permanecido en el mundo por tí... Perdona la turbación que me causa la necesidad de alejarme de tu lado.

»Ahora conozco, hermano mio, cuán provechosos son esos asilos contra los cuales te he oído declamar muchas veces, pues hay desgracias que nos separan para siempre de los hombres; sin ellos, ¿qué sería de los infortunados..? Estoy persuadida de que tú mismo, hermano mio, hallarías tu descanso en esos



RENÉ JURA A SU HERMANA NO ATENTAR CONTRA SUS DIAS.

»albergues de la Religion, porque la tierra no ofrece cosa alguna digna de tí.

»No te recordaré tu juramento, pues conozco la fidelidad de tu palabra. Lo has jurado y vivirás por mí. ¿Hay algo mas miserable que el pensar á todas horas en arrancarse la vida? Para un hombre de tu temple es harto fácil morir, pero cree á tu hermana: es mucho mas difícil vivir.

»Abandona pronto, hermano mio, una soledad que tanto te perjudica, y busca alguna ocupación. Sé que te ríes con amargura de la necesidad en que se está en Francia, de tomar un estado. No desprecies tanto la experiencia y la sabiduría de nuestros padres, pues es preferible, mi querido René, asemejarse un po-

»co á la generalidad y ser algo menos desgraciado.

»Tal vez hallarías en el matrimonio un consuelo á tu tedio, y una esposa y unos hijos que ocupasen tus días. ¿Y qué mujer no se esmeraría en hacerte feliz? El fuego de tu alma, la bondad de tu carácter, tu aire noble y apasionado, tu mirada altiva y tierna, te asegurarían su amor y su fidelidad. ¡Ah! ¡Con cuánta delicia no te estrecharía entre sus brazos y sobre su corazón! ¡Cómo se fijarían en tí todas sus miradas y todos sus pensamientos, para adivinar tus mas ligeras penas! Todo en ella sería amor é inocencia delante de tí, y tú creerías hallar en ella una nueva hermana.

»Parto para el convento de.... Este monasterio,

»construido á orillas del mar, se adapta bien á la situacion de mi alma. Durante la noche oiré desde mi celda el murmullo de las olas que bañan las paredes del convento, y recordaré nuestros antiguos paseos en medio de los bosques, cuando nos parecia escuchar el estruendo de los mares en las agitadas copas de los pinos. ¡Amable compañero de mi infancia! ¿Será que no torne á verte? Poco mayor que tú en edad, te mecia en la cuna, y muchas veces hemos dormido á la par. Ah! ¡Si nos reuniese un dia la misma sepultura! ¡No! Yo debo dormir sola bajo los helados mármoles de este santuario, donde descansan para siempre esas vírgenes que nunca amaron.

»No sé si podrás leer estas líneas, medio borradas por mis lágrimas. Despues de todo, ¿no hubiera sido forzoso separarnos un poco mas temprano ó mas tarde? ¿A qué hablarte de la incertidumbre y del escaso valor de la vida? No te habrás olvidado de la jóven M... que naufragó en la isla de Francia. Cuando recibiste su última carta, algunos meses despues de su muerte, ni siquiera existian sus despojos mortales, y al empezar en Francia su luto, se concluia en las Indias. ¿Qué es, pues, el hombre, si tan presto se desvanece su memoria? ¡Una parte de sus amigos supo su muerte cuando la otra estaba ya consolada! ¿Querido, y demasiado querido René! ¿se borrará mi recuerdo con la misma facilidad de tu corazón? ¡Oh hermano mio! me he alejado de tí en el tiempo, para no verme separada de tí en la eternidad.

«AMELIA.»

»P. D.—Incluyo el acta de donacion de todos mis bienes, y espero no rehusarás esta pequeña muestra de mi amistad.»

«Un rayo que hubiese caído á mis piés no me hubiera causado el espanto que esta carta. ¿Qué secreto me ocultaba Amelia? ¿Quién la obligaba á abrazar tan súbitamente la vida religiosa? ¿No me habia rescataado á la existencia, merced á los encantos de la amistad, sino para abandonarme de improviso? Oh! ¿Por qué habia venido á disuadirme de mi proyecto? Un movimiento de compasion la habia obligado á correr en mi busca; pero cansada en breve de un penoso deber, se apresuró á abandonar á un desgraciado, sin mas apoyo que el suyo. Créese haber hecho todo lo posible cuando se ha evitado que un hombre muera. Tales eran mis quejas; pero volviendo luego en mí mismo, decia: «¡Ingrata Amelia! si tú hubieras ocupado mi lugar; si á semejanza mia, te hubieras perdido en el vacío de tus dias, ah! no te hubieses visto abandonada de tu hermano.»

«No obstante, al leer una y otra vez la carta, descubria en su contenido cierto sello de tristeza y de ternura que desgarraban mi corazón. Súbitamente me asaltó una idea que despertó en mí una esperanza: dime á pensar que Amelia habia concebido tal vez por algun hombre una pasion que no se atrevia á declararme. Esta sospecha me explicaba su melancolía, su misteriosa correspondencia y el apasionado estilo de su carta. Escríbele, pues, sin demora, suplicándola me abriese su corazón.

»No tardó en contestarme, pero sin descubrirme su secreto, participándome únicamente que habia conseguido la dispensa del noviciado, y que iba á pronunciar sus votos.

»Mucho me irritaron la obstinacion de Amelia, el misterio que encerraban sus palabras, y su escasa confianza en mí.

»Despues de haber titubeado un momento acerca del partido que debia adoptar, resolví trasladarme á B... para hacer el último esfuerzo cerca de mi her-

mana. Al efecto érame preciso atravesar el país en que habia visto huir mis primeros años; por lo que, cuando descubrí los bosques testigos de mis únicos momentos de felicidad, ni pude reprimir mi llanto, ni resistir la tentacion de despedirme de ellos por la postrera vez.

»Mi hermano habia vendido la herencia paterna, y el nuevo propietario no la habitaba. Llegué al castillo por la larga alameda de abetos, atravesé á pié los desiertos patios, y me detuve á mirar las ventanas, cerradas ó medio rotas, los cardos que crecian al pié de las paredes, las hojas hacinadas en el dintel de las puertas, y aquel pórtico solitario donde tantas veces habia visto á mi padre rodeado de sus fieles servidores. Los escalones estaban cubiertos de musgo, y los alelíos amarillos brotaban entre las rotas é inseguras piedras. Un conserje desconocido me abrió bruscammente las puertas, y al ver que vacilaba al salvar el umbral exclamó: «Bah! ¿Hareis lo que la extranjera que vino aquí pocos dias há, y que al ir á entrar se desmayó, siéndome forzoso llevarla á su coche?» Fácil me fue reconocer *la extranjera* que, como yo, habia ido á pedir á aquellos lugares, lágrimas y reminiscencias.

»Cubriendo un momento mis ojos, entré en el desierto hogar de mis antepasados, y recorrí los aposentos cuyos ecos repetian el rumor de mis pasos. La escasa luz que penetraba á través de los entreabiertos postigos, alumbraba apenas las habitaciones; visité la alcoba en que mi madre perdiera la vida al comunicármela; el aposento donde se retiraba mi padre, el en que yo habia dormido en la cuna, y en fin, aquel donde la amistad habia recibido mis primeros votos en el seno de una hermana. Todas las salas estaban desnudas de sus tapices, y las arañas tejian su tela en los abandonados salones. Salí presuroso de aquellos lugares, y me alejé sin atreverme á volver la cabeza. ¡Cuán dulces, empero cuán rápidos son los momentos que los hermanos y las hermanas pasan en sus años juveniles reunidos á la sombra de las alas de sus ancianos padres! La familia del hombre vive un dia, pues el soplo de Dios la dispersa como el humo; el hijo conoce apenas al padre, este al hijo, el hermano á la hermana, esta al hermano. La encina ve germinar en su derredor sus bellotas: ¿sucede así con los hijos de los hombres?

»Al llegar á B..., me hice acompañar al convento, y pidiendo hablar á mi hermana, supe que á nadie recibia. Escríbele, y me respondió que, próxima á consagrarse á Dios, no le era lícito dedicar un solo pensamiento al mundo; y que, si la amaba, evitase abrumarla con mi dolor. Y añadia: «No obstante, si quieres presentarte en el altar el dia de mi profesion, dignate servirme de padre; este papel es el único digno de tu valor, el único que conviene á nuestra amistad y á mi reposo.»

«Esta glacial firmeza, tan en oposicion con el calor de mi amistad, me entregó á violentos arrebatos. Unas veces me sentia tentado á alejarme; otras me proponia quedarme, sin otro objeto que el de turbar el sacrificio, pues el infierno me sugeria la idea de matarme á puñaladas en la iglesia, para mezclar mis últimos suspiros á los votos que me arrebataban mi hermana. La superiora del convento me hizo avisar que se habia preparado un banco en el santuario, y me invitaba á concurrir á la ceremonia, que debia celebrarse al dia siguiente.

»Al amanecer, oí el primer tañido de las campanas, y á las diez me arrastré en una especie de agonía, al convento. Nada hay mas trágico que presenciar semejante espectáculo; nada mas doloroso que sobrevir á él.

»Un gentío inmenso henchia la iglesia, y fui conducido al banco del santuario; al llegar á él caí de rodillas, casi sin saber donde me hallaba ni cual era mi

designio. El sacerdote esperaba en el altar, cuando abriéndose la reja misteriosa, Amelia se adelantó ataviada con todas las galas del mundo. Mostrábase tan hermosa, brillaba en su semblante cierto sello tan divino, que escitó un movimiento de sorpresa y de admiración. Vencido por el glorioso dolor de aquella santa, y abismado ante la grandeza de la Religión, desvaneciéronse todos mis proyectos de venganza: abandonado de mis fuerzas, sentíme ligado por una mano omnipotente, y en lugar de blasfemias y de amenazas, solo hallé en mi corazón una adoración profunda y los gemidos de la humildad.

»Amelia se colocó debajo de un dosel, y el sacrificio empezó al resplandor de las antorchas, entré las flores y los perfumes que debían hacer agradable á Dios el holocausto. Al llegar al ofertorio, el sacerdote se despojó de sus vestiduras, y conservando una túnica de lino, subió al púlpito para pintar en un discurso sencillo y patético, la felicidad de la virgen que se consagra al Señor. Cuando pronunció estas palabras: «Hase mostrado semejante al incienso que se consume en el fuego», pareció que se esparcían por el auditorio una gran calma y celestiales aromas: el alma se sentía al abrigo de las alas de la paloma mística, y creía ver á los ángeles bajar al altar y subir de nuevo á los cielos con perfumes y coronas.

»Terminado su discurso, el sacerdote volvió á tomar sus vestiduras y prosiguió el sacrificio. Amelia, apoyada en dos jóvenes religiosas, se arrodilló en el último escalon del altar. Entonces vinieron á buscarme para que desempeñase las funciones de padre. Al rumor de mis pasos, que vacilaban en el santuario, Amelia se sintió próxima á desmayarse. Colocáronme al lado del sacerdote, para que le presentase las tijeras: en aquel momento ví renacer mis trasportes, y mi furor iba á estallar cuando Amelia, haciendo un esfuerzo, me dirigió tal mirada de reconvención y de dolor, que me desarmó, dejándome aterrado. ¡Triunfó la Religión! Mi hermana, aprovechando mi turbación, adelantó resueltamente la cabeza, y su hermosa cabellera cayó por todos lados al golpe del hierro sagrado; una larga túnica de estambre reemplazó los atavíos del siglo, sin hacerla menos interesante; las amarguras que en su frente se retrataban ocultáronse bajo una toca de lino; y el velo misterioso, doble símbolo de la virginidad y la Religión, envolvió su desnuda cabeza. Nunca se habia mostrado tan hermosa. Los ojos de la penitente estaban fijos en el polvo del mundo, y su alma habitaba el cielo.

»Amelia no habia pronunciado aun sus votos, y para morir al mundo érale preciso pasar por el sepulcro. Tendióse pues sobre el mármol, y cubriósela con un paño mortuario en cuyas cuatro esquinas ardian otros tantos cirios. El sacerdote, adornado con la estola y con un libro en la mano, empezó el oficio de difuntos, que fue continuado por las jóvenes vírgenes. ¡Oh alegrías de la Religión, cuán grandes, mas cuán terribles sois! Habiéndome obligado á arrodillarme cerca de aquel fúnebre aparato, oí resonar súbitamente un murmullo confuso debajo del velo sepulcral; inclinéme, y llegaron á mi oído estas palabras espantosas, que solo yo escuché: «Dios de misericordia! ¡Haz que jamás me levante de este lecho mortuario, y colma con tus mercedes á un hermano que no ha sido cómplice en mi criminal pasión!»

»A estas palabras, pronunciadas por la tumba, me iluminó la horrorosa verdad: extravióse mi razón, y dejándome caer sobre la mortaja, estreché en mis brazos á mi hermana, exclamando: «¡Casta esposa de ¡Jesucristo! ¡recibe mis últimos abrazos á través del hielo del sepulcro y de las profundidades de la eternidad, que ya te separan de tu hermano!»

Aquel movimiento, aquellas exclamaciones y lágrimas turbaron la ceremonia; el sacerdote se interrumpió, las monjas cerraron la reja, la multitud se agitó

en tropel hacía el altar, y yo fui llevado, presa de un parasismo. ¡Cuán poco agradezco los esfuerzos de los que me restituyeron á la vida! Al recobrar el uso de mis sentidos, supe que el sacrificio habia sido consumado, que mi hermana habia sido acometida de una calentura ardiente, y que habia encargado me suplicasen no instase verla de nuevo. ¡Oh miseria de la vida! Una hermana teme hablar á un hermano, y este teme hacer oír su voz á aquella! Salí del monasterio como de ese lugar de expiación donde las llamas nos preparan para la vida celestial, y donde como en los infiernos se ha perdido todo, menos la esperanza.

»Podemos hallar fuerza en nuestra alma contra una desgracia personal; pero es de todo punto superior á nuestro alcance consolarnos cuando somos causa involuntaria de un infortunio ajeno. Conociendo ya los males de mi hermana, reflexioné lo que habia debido sufrir, y me expliqué muchas cosas que no habia podido comprender: la mezcla de alegría y de tristeza que Amelia habia dejado traslucir al emprender mis viajes; su empeño en no verme á mi regreso, y la irresolución que durante tanto tiempo le impidiera entrar en un monasterio: ¡la desgraciada se prometía sin duda su curación! Sus proyectos de retiro, la dispensa del noviciado y la donación de sus bienes en mi favor, habian motivado la correspondencia secreta que habia contribuido á alucinarme.

»¡Oh amigos míos! Al fin supe lo que era derramar lágrimas por un no imaginario infortunio. Mis pasiones, tanto tiempo indeterminadas, se precipitaron con furor sobre esta primera presa; hallé una especie de satisfacción inesperada en la plenitud de mi amargura, y vi con cierto secreto movimiento de alegría que el dolor no es una sensación que se agota con tanta facilidad como el placer.

»Yo habia proyectado dejar la tierra antes de la hora señalada por el Omnipotente; en expiación de tan enorme crimen, Dios me habia enviado á Amelia para salvarme y castigarme á la vez. Y ved aquí cómo todo pensamiento culpable, toda acción criminal arrastran en pos grandes perturbaciones y desgracias. Amelia me pedía que viviese, y yo debia no aumentar sus males. Por otra parte, ¡caso extraño! desde que era realmente desgraciado, no deseaba la muerte. Mi dolor habia llegado á ser una ocupación que llenaba todos mis instantes; ¡tan amasado, por decirlo así, está mi corazón de tedio y de miseria!

»Tomé, pues, de improviso la resolución de abandonar la Europa y trasladarme á América.

»Como aparejase á la sazón una flota en el puerto de B..., con rumbo á la Luisiana, me ajusté con uno de los capitanes de navío, y despues de participar mi proyecto á Amelia, solo me ocupé de mi partida.

»Mi hermana habia llegado á las puertas de la muerte; pero Dios, que le destinaba la primera palma de las vírgenes, no quiso llamarla tan presto á sí; ¡muy larga fué su prueba en la tierra! Entrando de nuevo, en la fragosa senda de la vida, la heroína, doblada al peso de la cruz, salió animosamente al encuentro de los dolores, viendo el triunfo en el combate, y el exceso de la gloria en el exceso de los sufrimientos.

»La venta de los escasos bienes que me quedaban, y que cedí á mi hermano; los largos preparativos de un convoy y los vientos contrarios me detuvieron largo tiempo en el puerto. Todas las mañanas iba á informarme de la situación de Amelia, y volvía siempre con nuevos motivos de admiración y lágrimas.

»Recorria sin cesar las inmediaciones del monasterio, construido á orillas del mar. Muchas veces veía sentada á una pequeña reja que daba á una playa desierta, una religiosa que meditaba en actitud pensativa al aspecto del Océano, en que se veía algun bajel que navegaba á los confines de la tierra. Muchas veces á la claridad de la luna volví á ver la misma religiosa en la misma ventana, contemplando el mar ilumi-

nado por el astro de la noche, y prestando oído al monótono rumor de las olas que se estrellaban tristemente en las solitarias arenas.

»Creo escuchar aun la campana que durante la noche llamaba á las religiosas á Maitines. Mientras sonaba lentamente, y las vírgenes se adelantaban silenciosas al altar del Todopoderoso, yo corría al monasterio, al pié de cuyas paredes escuchaba en santo éxtasis los últimos ecos de los cánticos, que se confundían bajo las bóvedas del templo con el débil murmullo de las olas.

»Ignoro por qué misterio todas estas cosas, que hubieran debido fomentar mis penas, embotaban por el contrario su aguijón; mis lágrimas eran menos amargas cuando las derramaba sobre las rocas y entre los vientos. Hasta mi melancolía, extraordinaria por su naturaleza, hallaba en sí misma algún remedio; pues como el hombre goza en lo que no es común, aun cuando sea una calamidad, casi concebí la esperanza de que mi hermana llégaria á su vez á ser menos infeliz.

»Una carta que de ella recibí antes de mi partida, me confirmó en estas ideas. Amelia deploraba tiernamente mi dolor, y me aseguraba que el tiempo disminuiría el suyo. «No desconfío, me decía, de mi felicidad, pues el exceso mismo del sacrificio, una vez consumado este, sirve para devolvernos alguna paz. »La inocencia de mis compañeras, la sinceridad de sus votos y la regularidad de su vida, derraman un bálsamo sobre mis dolores. Cuando escucho mugir las tormentas, y las aves marítimas vienen á batir sus alas á mi ventana, yo, pobre paloma del cielo, pienso en la felicidad que he tenido en hallar un abrigo contra la tempestad. Esta es la montaña santa, la enhiesta cumbre en que se escuchan los últimos rumores de la tierra y las primeras armonías del cielo; aquí sostiene dulcemente la Religión las almas sensibles, sustituyendo al amor mas impetuoso una especie de ardiente castidad en que se confunden la amante y la vírgen, depurando los suspiros, trocando en una llama incorruptible una llama perecedera, y mezclando divinamente su tranquilidad y su inocencia, al resto de agitación y voluptuosidad de un corazón que aspira al descanso, y de una vida que se retira.»

»Ignoro lo que el cielo me reserva, y si ha querido advertirme que las tempestades me acompañarán siempre mis pasos. Habíase dado la orden para la partida de la flota; ya muchos bajeles habían aparejado al ponerse el sol; yo pasé la noche en tierra para escribir á Amelia mi carta de despedida. A media noche, mientras me ocupaba de este cuidado, humedeciendo el papel en lágrimas, el rumor del viento vino á llamar mi atención. Escuché, y en medio de la tempestad oír retumbar los cañonazos de leva, que se mezclaban con el sonido de la campana monástica. Volé á la orilla desierta, en que solo se escuchaba el estruendo de las olas, y sentéme sobre una roca: á un lado se extendían las ondas que centelleaban, y al otro, las sombrías paredes del convento se perdían vagamente en los cielos. Una luz escasa brillaba en la reja. ¿Eras tú, Amelia mía, que arrodillada al pié de un crucifijo, pedías al Dios de las tempestades mirase con bondad á tu desgraciado hermano? La tormenta en las olas y la calma en el retiro; los hombres estrellándose en los escollos al pié del imperturbable asilo, y lo infinito al otro lado de la pared de una celda; los agitados faroles de las naves, y el faro inmóvil del monasterio; la incertidumbre de los destinos del navegante, y la vestal que adivina en un solo día todos sus días futuros; á un lado un alma como la tuya, ¡oh Amelia! borrascosa como un Océano, y al otro un naufragio mas horroroso que el del marineró: todo aquel cuadro está aun grabado profundamente en mi memoria. ¡Sol de este nuevo cielo, ahora testigo de mis lágrimas; ecos de la costa americana, que repetís los acentos de René: este fue el día que siguió á aquella noche terrible,

en que apoyado en el castillo de popa de mi bajel, vi alejarse para siempre mi tierra natal! Durante largo rato contemplé en la costa los últimos balances de los árboles de mi patria, y las cúpulas del monasterio que se perdían en el horizonte.»

Al terminar René su historia, sacó de su pecho un escrito y lo entregó al padre Souël; luego, arrojándose en brazos de Chactas y ahogando sus sollozos, dejó al misionero el tiempo necesario para leer la carta que acababa de entregarle.

Era de la superiora de..., y contenía la relación de los últimos momentos de sor Amelia de la Misericordia, víctima de su celo y caridad, cuidando á sus hermanas, atacadas de una enfermedad contagiosa. Toda la comunidad estaba inconsolable, y miraba á Amelia como una santa. La superiora añadía que en treinta años que hacia se hallaba á la cabeza de la casa, no habia visto religiosa alguna de un carácter tan bondadoso é igual, ni que con mayor alegría hubiese abandonado las tribulaciones del mundo.

Chactas estrechaba llorando á René en sus brazos, y le decía: «¡Hijo mio! yo quisiera que el padre Aubry se hallara presente, pues sabia sacar del fondo de su corazón cierta paz, que aunque las calmaba, no parecia estraña á las tempestades; era la luna en una noche borrascosa: las nubes que en su derredor se agitan no pueden arrastrarla en su carrera, pues inalterable y pura, adelántase sobre ellas en magestuosa tranquilidad. ¡Ay! A mi todo me agita y arastra.»

El padre Souël habia escuchado hasta entonces la historia de René, con austero semblante y sin preferir una palabra. Su corazón era compasivo, pero su exterior revelaba un carácter inflexible, y la sensibilidad del saquem le hizo al fin romper su silencio.

«Nada, dijo al hermano de Amelia, nada merece en tu historia la compasión de que eres objeto. Yo veo en tí un hombre obstinado en correr tras vanas quimeras, que de todo se disgusta, y que se sustrae á los deberes sociales para entregarse á estériles fantasías. Nadie se hace un hombre superior por mirar al mundo al través de un prisma odioso; no se aborrece á los hombres y á la vida sino por no saberse elevar á mayor altura. Extiende un poco mas tu vista, y no tardarás en convencerte que todos esos males de que te lamentas son una mera ilusión. ¡Cuán triste debe serte no poder pensar en la única desgracia real de tu vida, sin verte precisado á avergonzarte! Toda la pureza, toda la virtud, toda la religión, todas las coronas de una santa, bastan apenas para hacer tolerable la sola idea de tus amarguras. Tu hermana ha expiado su falta; pero sí debo decir lo que pienso, temo que por una espantosa justicia, una confesión salida del fondo de la tumba, haya turbado á su vez tu alma. ¿Qué haces en los bosques, consumiendo en vano tus días y olvidando tus deberes? Dirasme acaso que los santos se sepultaron en los desiertos. Es cierto; pero derramaban en ellos lágrimas de arrepentimiento, y empleaban en extinguir sus pasiones el tiempo que tú pierdes tal vez en fomentar las tuyas. ¡Jóven presuntuoso, que has creído que el hombre se basta á sí mismo! La soledad es perjudicial para quien no la habita con Dios, pues redobla las facultades del alma al paso que les quita todo medio de ejercitarlas. Todo el que ha recibido fuerzas, debe consagrarlas al servicio de sus semejantes; y si las inutiliza, es castigado desde luego con una secreta miseria, y tarde ó temprano le envía el cielo un castigo espantoso.»

Aterrado por estas palabras, René levantó su humillada cabeza del seno de Chactas. El ciego saquem sonrió; y esta sonrisa de los labios, que no se enlazaba ya con la de los ojos, tenia algo de misterioso y celestial. «Hijo mio, dijo el anciano amante de Atala, el padre Souël nos habla con severidad, y corri-

»ge igualmente al viejo y al joven : tiene razon. ¡Sí!
»es preciso que renuncies á esa vida extraordinaria
»llena de sinsabores, pues no hay felicidad sino en las
»sendas cumunes.

»Cansado un dia el Meschacebé, próximo aun á su
»manantial, de no ser sino un límpido arroyo, pidió
»nieves á las montañas, aguas á los torrentes y llu-
»vias á las tempestades ; conseguido su deseo, inundó
»sus orillas y desoló sus encantadoras campiñas. El
»orgullosa rio se ufanó de su poder ; mas viendo que
»todo quedaba desierto á su paso, que corria abando-
»nado por una soledad, y que sus aguas eran siempre
»cenagosas, echó de menos el humilde cauce que le
»habia abierto la naturaleza , los pajarillos, las flores,

»los árboles y los arroyuelos, modestos compañeros
»un dia de su tranquilo curso.»

Chactas calló, y dejóse oír entonces la voz del fla-
menco, que oculto en las cañas del Meschacebé, anun-
ciaba una cercana tempestad. Los tres amigos se diri-
gieron á sus cabañas : René marchaba taciturno entre
el misionero que oraba, y el ciego saquem que busca-
ba su camino. Dícese que aconsejado por los dos an-
cianos, volvió á casa de su esposa , aunque sin hallar
la felicidad. Poco tiempo despues pereció con Chactas
y el padre Souël en la matanza de franceses y natchez,
de que fue teatro la Luisiana. Aun se enseña al viajero
el peñasco donde iba á sentarse al declinar el dia.

FIN DE RENÉ.

